

KATRINE ENGBERG

**ERROR  
DE  
CÁLCULO**

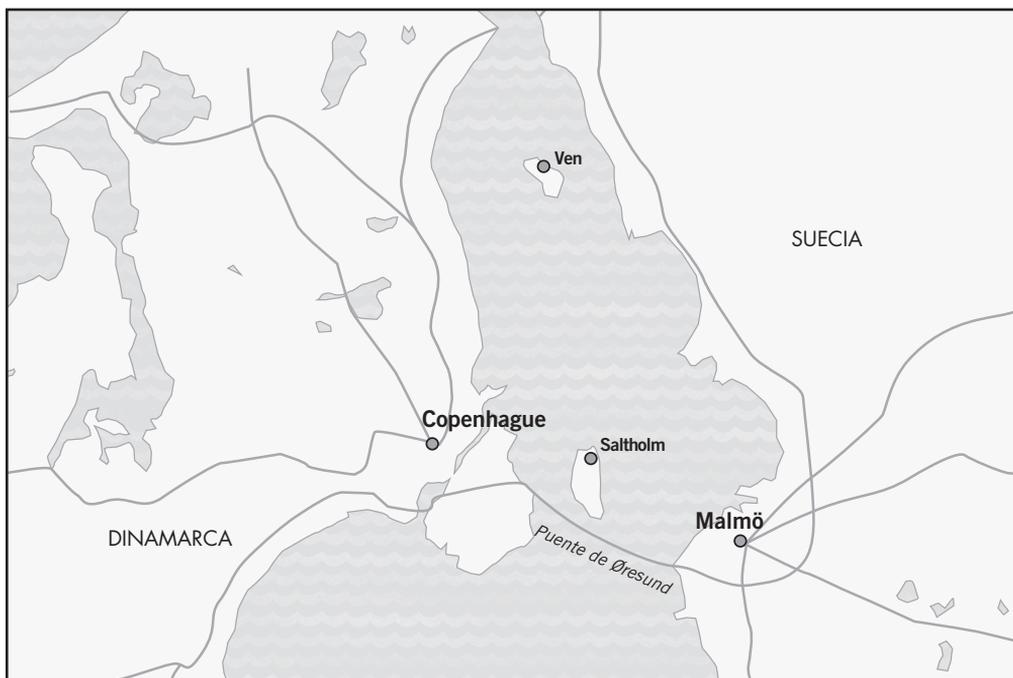
*Traducción:*

MARTA ARMENGOL ROYO



MAEVA | NOIR

# Los escenarios de la novela



LUNES,  
15 DE ABRIL

# Prólogo

MICHAEL DESPERTÓ EL lunes por la mañana después de pasarse el fin de semana en la cama con la garganta que parecía papel de lija. Se tapó la cabeza enfebrecida con el edredón y decidió que llamaría al trabajo para decir que estaba enfermo. Pero su mujer se cruzó de brazos al borde de la cama y lo fulminó con la mirada, y no le quedó más remedio que levantarse. Ella tenía razón, la verdad. Acababa de empezar a trabajar como operador de pinza en la planta incineradora de residuos y no podía arriesgarse a causar una mala impresión.

Con una mezcla de café solo y analgésicos en el estómago, se dirigió en coche a Refshaleø, mientras la radio escupía anuncios estridentes y los éxitos facilones del momento. Poco a poco empezó a encontrarse mejor. Aparcó, saludó con un gesto al vigilante en la recepción y subió en ascensor a la sala de personal para cambiarse de ropa. No era estrictamente necesario hacerlo, puesto que la presión negativa en la nave de almacenaje de basura mantenía la zona relativamente libre de olores, pero, de todas formas, Michael se ponía siempre el mono de trabajo. Se abrochó las botas, se ajustó el casco y recorrió la planta con las rodillas agarrotadas a causa de la gripe.

Los pasillos que rodeaban la nave formaban una red de acero y válvulas, paneles de control, calderas y letreros. No había ventanas; la planta era un sistema cerrado sin climatología ni ritmos circadianos. Como de costumbre, se agachó para pasar por debajo

de las tuberías calientes, saludó a dos compañeros que charlaban junto a las turbinas de vapor y se metió en la cabina. Dejó la bolsa con el almuerzo en la nevera y se preparó un café antes de dejarse caer en el asiento con un suspiro mientras contemplaba la impactante imagen a la que aún no se había acostumbrado.

A través de la única ventana de la nave se veía el núcleo de la planta, la cara oculta de la civilización occidental: una pila enorme de desechos inservibles. Michael, que nunca había trabajado con residuos, experimentó un gran malestar al principio, como si fuera testigo del apocalipsis y sintiera el impulso de pasar a la acción en lugar de quedarse mirando, pero se le pasó con el tiempo. Hasta había empezado a comerse las galletas que traían sus compañeros mientras manejaba la pinza.

¡Y qué pinza! Con sus ocho metros de envergadura, parecía sacada de una distopía en la que unas arañas gigantes se hubieran apoderado de un planeta sin vida. Había sacado muchas fotos para enseñárselas a su hijo de seis años, que opinaba que su papá tenía el mejor trabajo del mundo.

A decir verdad, se le hacía un poco aburrido. El sistema que trasladaba la pinza desde las esclusas donde se vaciaban los camiones de basura hasta la incineradora estaba automatizado, y la única responsabilidad de Michael era controlar el transporte de la basura de derecha a izquierda en un bucle infinito para asegurarse de que todo iba bien.

—Buenos días —saludó Kasper Skytte cuando entró y se sentó a su lado. De vez en cuando alertaban a los ingenieros de procesos si había alguna incidencia con el sistema de la pinza, pero Michael no había visto nada raro.

—¿Algún problema?

—Ninguno.

Por suerte, los ingenieros raras veces se detenían a hablar con los operadores ni con nadie que no entendiera su jerga técnica, y Michael sabía que lo dejaría trabajar en paz. Mejor para él; se

encontraba fatal y empezaba a pensar que más le hubiera valido llevarle la contraria a su mujer y quedarse en la cama.

—¿Un café? —preguntó Kasper.

—No, gracias.

El ingeniero se levantó y empezó a trastear con las tazas y la cafetera que tenía detrás mientras bostezaba de forma sonora. Se sirvió un café y se dejó caer en la silla situada junto a la de Michael para contemplar la nave. Este echó mano de su bolsa y hurgó en el interior en busca de algo que le aliviara el dolor de garganta, con la esperanza de que aún le quedara algún Strepsils. Encontró la caja y, agradecido, se metió una de las pastillas en la boca mientras la pinza cargada de residuos se acercaba a la ventana. Siempre resultaba impresionante cuando se aproximaba con la carga colgando, como los tentáculos de una medusa. Una cuerda, una lona, una bota de agua...

Se acercó al vidrio y entornó los ojos al ver que la bota parecía pegada a algo. Cuando la pinza llegó a la altura de la ventana, de entre los desechos cayó un brazo y Kasper escupió el café en la ventana.

Entonces Michael pulsó el botón de emergencia con todas sus fuerzas.

SÁBADO,  
13 DE ABRIL

DOS DÍAS ANTES

# 1

EL MAR SE cerró sobre su cabeza mientras él buceaba hacia el fondo, cada vez más lejos de la luz de la superficie. Un alga le acarició el brazo en lo que parecía una invitación a hundirse todavía más. Era muy tentador entregarse así, como el famoso buceador Jacques Mayol, tomar un último aliento y sumergirse, dejar que el cuerpo se desintegrara en partículas como las que bailaban bajo los rayos del sol que atravesaban el agua.

Pero el muelle de Snekkersten no tenía nada que ver con el azul infinito del mar, y se dio impulso desde el fondo mientras estiraba los brazos hacia la luz. Un segundo después, atravesó la superficie e inspiró profundamente.

—Empezaba a pensar que no saldrías.

El inspector Jeppe Kørner sacudió la cabeza para expulsar el agua de los oídos y entornó los ojos para localizar la silueta que lo esperaba junto a la escalerilla. En la superficie, el mundo era cálido y luminoso y, tras acercarse al muelle, buscó con los pies un peldaño antes de mirar hacia abajo por última vez. La profundidad helada del puerto le despertaba siempre un extraño anhelo, la pulsión de la muerte, tal vez.

—No entiendo cómo aguantas tanto rato, yo con diez segundos ya me congelé —dijo Johannes Ledmark, que temblaba de frío a pesar de estar envuelto en un albornoz mientras le alargaba una toalla a Jeppe—. Vámonos a la sauna a calentarnos antes de que lleguen abuelos, que no tengo ganas de verles las

varices —añadió, y guiñó un ojo para dar a entender que no lo decía en serio antes de ponerse en marcha hacia la sauna. Jeppe se secó y metió los pies en las chanclas que su amigo le había llevado. Le estaban un poco pequeñas.

El alquiler del entresuelo de la vieja casa de ladrillo rojo junto a la carretera de la playa de Snekkersten duraría solo hasta verano. Para entonces, Johannes esperaba haber encontrado un nuevo hogar. Había intentado salvar la relación de doce años con su marido, pero sin éxito, y el piso que ambos compartían en Vesterbro ahora estaba en venta. Johannes Ledmark, el famoso actor, se ocultaba del escrutinio público y se lamía las heridas en una casita de pescadores al norte de Copenhague, una construcción ajada y llena de goteras con las tablas del suelo infladas por la humedad. Pero Johannes parecía encontrarse a las mil maravillas en aquel caos provisional con vistas al estrecho de Øresund. Hasta se había puesto manos a la obra en el jardín con las tijeras de podar, e insistía con testarudez en que cortar el césped y arrancar las malas hierbas era casi como meditar.

—¡Bien! Hemos tenido suerte, no hay nadie en la sauna —dijo mientras abría la puerta de la casita pintada de negro en mitad del muelle para que Jeppe entrara. Tomaron asiento en los bancos de madera y dejaron que el calor seco espabilara sus cuerpos atorados por el frío. La primavera había empezado con un sol nada habitual y un tiempo espléndido, pero el aire aún era fresco y la temperatura del agua no superaba los ocho grados.

—Mira si nos habremos hecho mayores que nos bañamos en agua helada antes de la sauna —dijo Johannes con una sonrisa—. Estamos a una sopita de ajo y una visita al museo Louisiana de convertirnos en nuestros padres.

—¡Pues a mí me encanta la sopa de ajo! —exclamó Jeppe mientras se escurría el pelo corto para que el agua helada le goteara por la espalda—. Además, ya hace tiempo que nos convertimos

en nuestros padres. A lo mejor tú no te has dado cuenta porque les doblas la edad a los chavales que te tiras.

—¡Cállate! —dijo Johannes, mientras azotaba a Jeppe en el brazo con una toalla enrollada, a lo que este respondió con un puñetazo en el hombro. Se miraron con una sonrisa mientras se frotaban los respectivos golpes—. Además, mis novios me mantienen joven. ¡Estoy más guapo que nunca! —añadió con una sonrisa lacónica—. Estoy rejuvenecido y no ando falto de compañía. Y tú, ¿qué te cuentas ahora que estás a un tris de tener mujer e hijos? ¿Qué se siente?

Jeppe se miró los pies, perlados de agua y sudor. En Sara había encontrado lo que podía llamarse un «pack completo», algo que nunca había imaginado que desearía y que se mantenía en un equilibrio precario entre el amor y el tedio.

—Bueno, aún no vivimos juntos. La cosa se complica con niños de por medio.

Su amigoladeó la cabeza y se secó las orejas con la toalla.

—Es como tener hijos empezando por el final, y tú siempre quisiste tenerlos.

Jeppe se encogió de hombros. Él y su exmujer habían pasado por tres tratamientos de fertilidad fallidos hasta que decidieron emprender caminos separados y ella tuvo hijos con otro. Desde entonces casi había desechado cualquier pensamiento relacionado con la paternidad.

—Como yo no tengo hijos, la situación me supera un poco —admitió.

—A ver, en serio, ¿puedes llegar a querer a los hijos de otro? —le preguntó Johannes con una mirada escéptica.

Jeppe se imaginó a Amina, de once años, que esa mañana había despertado a toda la familia —y a parte del vecindario— con pop coreano a todo volumen y se había puesto hecha un basilisco cuando la obligaron a bajarlo.

—Son dos niñas muy majas.

—Me lo tomaré como un no —dijo el otro—. ¡Me lo imaginaba! Pero te entiendo. Al fin y al cabo, la mayoría de críos son tan insoportables como sus padres.

—Oye —protestó Jeppe—, que yo no he dicho eso. Aprecio mucho a las hijas de Sara, pero aún no nos conocemos bien. Necesitan tiempo para acostumbrarse al nuevo novio de su madre... —Ahí se detuvo al notar una oleada cálida que le subía por la espalda hasta las mejillas, que se le pusieron como un tomate—. A ver, ¿por qué no hablamos de tu divorcio? ¿Qué tal va lo de la repartición de bienes? ¿Vuestros abogados se entienden?

El otro levantó las manos para indicar que se rendía.

—Vale, tú ganas. Vamos a casa a almorzar. He comprado panecillos.

Jeppe se levantó y notó que una gota de sudor le caía de la barbilla al suelo.

—¿Nos damos antes otro chapuzón? Entrar y salir.

—¡Ni hablar! Si vuelvo a meterme en esa agua tan fría, me muero.

—Morirte un poco no te matará del todo. ¡Vamos, amigo mío! —dijo Jeppe mientras lo sacaba de la sauna a empujones en dirección al embarcadero. Ansiaba de nuevo el frío y la oscuridad bajo la superficie. Colgó el albornoz en la baranda, pero, al llegar a la escalerilla, oyó sonar el móvil, que había dejado en el bolsillo. Echó un vistazo a la pantalla y, al ver que se trataba de la comisaria, notó cómo el viento le erizaba la piel de los brazos desnudos.

LA ARENA BLANDA cedía bajo sus pies y las pisadas de las suelas de goma formaban un sendero sobre la playa. La inspectora Anette Werner soltó a los perros mientras su cuerpo disfrutaba del efecto de la actividad física y los pulmones bombeaban

oxígeno. El mar, una cinta de un azul acerado, enviaba con el oleaje vaharadas de olor a algas, que se mezclaba con el aroma persistente de la retama. El sol de la mañana ya estaba alto en el cielo. Anette jadeaba mientras se preguntaba por qué en la vida las cosas que nos hacían felices también solían implicar dolor. Veía un ejemplo claro en la maternidad: hacía un año y nueve meses que se había convertido en madre de la pequeña Gudrun, y aquella experiencia era sin lugar a dudas la más dura, y a veces la más aburrida, que había vivido jamás. Pero, al mismo tiempo, quería tanto a su hija que cada mañana empezaba a echarla de menos en cuanto la dejaba en la guardería y le decía adiós con la manita.

Vio que los perros se habían adelantado y corrían junto a la orilla. El *sprint* de casi cien metros que hizo para llegar hasta los tres plétóricos *border collies* le dejó sabor a sangre en la boca. Los perros se empujaban entre gruñidos, saltaban y se tumbaban en la arena. Anette los apartó con un gesto resuelto para agacharse a inspeccionar lo que habían encontrado.

Había un pájaro muerto en la orilla, un eider macho que identificó por el plumaje blanco y negro, el cuello verde y el pecho naranja claro. Estaba tumbado bocarriba con la cabeza la-deada, como un bebé. Tenía el plumaje casi intacto, y parecía que el ave estuviera dormida, pero entre las patas amarillas, donde antes estaba la barriga, no quedaba más que un agujero sangui-nolento. Estaba muerta y bien muerta. Quizá se dirigía al sur desde Saltholmen para pasar el verano cuando su bandada la abandonó.

El sol arrancaba destellos al plumaje blanco y Anette tuvo que reprimir el impulso de acariciar a aquel animal tan bello. «No es más que un pájaro muerto», se dijo. A decir verdad, no era muy diferente del pollo que Svend había preparado para cenar la noche anterior.

Llamó a los perros, que, obedientes, la siguieron hasta el coche. Era evidente que no les hacía ninguna gracia abandonar a su presa, pero estaban muy bien adiestrados. Les secó las patas en el aparcamiento antes de que se metieran contentos en el coche, como si ya hubieran olvidado el hallazgo. Pero tan pronto como arrancó el motor empezaron a gemir, y lloriquearon durante todo el camino a casa como si en la orilla hubieran dejado una parte de sí mismos.

Svend la esperaba en la puerta de la casa unifamiliar en el número 14 de la calle Holmeås con Gudrun en brazos. Desde lejos, Anette vio la pugna de su hija por bajarse y explorar el mundo, tan impaciente como siempre. Solo estaba tranquila cuando dormía. «Igual que su madre», pensó ella con orgullo. Tan pronto como el coche se detuvo, el padre dejó a la pequeña en el suelo y ella fue directa a meterse entre los matorrales sin mirar atrás, meneando el trasero abultado por el pañal y con los brazos extendidos como una equilibrista sobre la cuerda floja.

Anette ató a los perros y saludó a su marido con un beso que alargó algo más de lo acostumbrado mientras lo abrazaba por el cuello, hasta que él se apartó.

—Estás muy sudada —dijo mientras le daba una palmadita en la mejilla y azuzaba a los perros hacia la puerta—. ¡Pero estás buenísima!

Svend le guiñó un ojo y, mientras se quitaba la ropa de correr delante del espejo, Anette pensó, por primera vez en veinticinco años de relación, que su marido tenía razón. Siempre había sido «de hueso ancho», según su madre, que probablemente no se atrevía a decirle que estaba gorda. Siempre fue la niña más grande de la clase, la más alta, la de los hombros más anchos y los muslos más gruesos, la que ganaba todas las competiciones deportivas y salía siempre elegida en primer lugar cuando formaban equipos para juegos de pelota. Nunca percibió su tamaño como un problema, y Svend nunca había dado a entender que

le pareciera nada menos que perfecta, pese a los michelines que la habían acompañado en algunas épocas.

Sin embargo, el cuerpo que veía en el espejo era nuevo. La lactancia y la vida que había llevado durante la baja por maternidad le habían quitado los kilos de más, y a los cuarenta y seis años estaba mejor que nunca, entrada en carnes, pero más tersa y fuerte. Y también más guapa; no dejaba de sorprenderle lo bien que le sentaban. En el baño, se acarició el cuerpo mientras se enjabonaba y sintió un gran bienestar al tocar la piel firme del vientre. Se secó delante del espejo y se vistió medio de espaldas para poder contemplar su trasero. Después de toda una vida considerando su cuerpo como una maquinaria para nada digna de admiración, sentirse guapa era una sensación embriagadora.

—¡Suená tu móvil! —gritó su marido desde la cocina, así que no le quedó más remedio que ponerse los pantalones a toda prisa y bajar corriendo.

Sentada a la mesa en su trona, Gudrun le arrojaba yogur de frutos del bosque a su padre, que se sometía al bombardeo con una sonrisa. Siempre había tenido un temperamento tranquilo, pero la paternidad le había otorgado una paciencia tan elástica como un pegote de chicle al sol. Anette cruzó la cocina a trompicones mientras se abrochaba el pantalón para agarrar el móvil, que vibraba en la mesa de la cocina junto a los panecillos de masa madre que Svend acababa de sacar del horno.

—¡Werner al habla! —respondió justo cuando se dio cuenta de que acababa de pisar una salpicadura de yogur y soltaba un taco para sus adentros.

—Siento molestarte en fin de semana, pero tenemos un caso. Un posible caso, al menos. Ya he hablado con Kørner —dijo la comisaria, y Anette sintió que su buen humor de fin de semana caía en picado hasta los pies manchados de yogur de frutos del bosque. La comisaria, cuyo nombre era Irene Dam, aunque nadie la llamaba nunca así, era la viva imagen de la profesionalidad,

y nunca se le habría ocurrido llamar en sábado si no se hubiera tratado de una verdadera emergencia. Anette vio cómo la excursión familiar que tenían planeada se esfumaba ante sus narices.

—¿Qué ha pasado?

—Un joven, mejor dicho, un adolescente desaparecido, Oscar Dreyer-Hoff, de quince años. Lo vieron por última vez ayer por la tarde a las tres menos cuarto, a la salida del instituto. Sus padres creían que dormía en casa de una amiga, pero no fue así, y se dieron cuenta cuando Oscar no regresó a casa esta mañana.

—¿Y a nosotros qué se nos ha perdido en este asunto? —preguntó Anette mientras miraba a su alrededor en busca de algo con lo que limpiarse el pie—. Los chavales de quince años tienen tendencia a desaparecer un par de días cuando sus padres no les dan permiso para ir a una fiesta y cosas por el estilo. Si nos compete a nosotros, será que hay señales de que algo ha pasado, ¿no?

—Le han dejado una carta a su familia.

Anette le lanzó a Svend una mirada que él había visto tantas veces que comprendió al instante lo que significaba: la excursión por el bosque sería sin mamá. Se encogió de hombros y le lanzó una sonrisa de ánimo antes de esconder la cara detrás del periódico y asomarla por sorpresa para que Gudrun se partiera de risa.

—¿Lo han secuestrado?

—No lo sabemos —dijo la comisaria con un suspiro—, pero su familia es... ¿cómo te lo digo? Importante. Son los de la casa de subastas Nordhjem. Habían recibido amenazas en el pasado, hace años que los tenemos en el punto de mira.

Anette oyó las carcajadas de su hija, que resonaban por toda la cocina.

—Voy para allá.

## 2

MÁS ALLÁ DEL trajín de los cruceros del muelle de Langelinie y de la mundialmente famosa estatua de la Sirenita, había un pequeño puerto recreativo llamado Søndre Frihavn, encajado entre almacenes y bloques de pisos modernos cuyas neveras de acero inoxidable estaban siempre vacías porque los propietarios se encontraban en Hong Kong o en otros rincones remotos del globo.

Jeppe paseó la mirada a lo largo del muelle, desde los restaurantes con terrazas pobladas de sombrillas de color verde oscuro hasta los edificios de hormigón rojos y grises del *ferry* de Oslo. Aquella zona sería muy cotizada y lujosa, pero bonita, lo que se decía bonita, no lo era.

La comisaria lo había mandado al número 24B de la calle Dampfærgevej, en cuyo ático vivía la familia Dreyer-Hoff. Había quedado con Anette Werner en el portal.

Caminó junto al agua con la mirada puesta en la pequeña colección de balandros, yolas y yates de madera y fibra de vidrio amarrados en el muelle. Los tintineos y chasquidos que hacían al moverse empujados por la brisa conferían un eco de vida al espacio desierto de gente.

Vio a Anette unos cien metros más allá, ante un edificio de ladrillo rojo de aspecto moderno, inspeccionando un barco de madera envuelto en lonas que parecía estar en mantenimiento. La miró con una sonrisa. Jamás hubiera creído que

llegaría a decir eso de su compañera, pero estaba estupenda. Seguía siendo recia como un tronco, pero más esbelta y con unas caderas más torneadas que le daban un aire deportista en armonía con sus hombros anchos. Pero el cambio no se debía solo a la pérdida de peso; últimamente, a Anette le brillaba una luz nueva en los ojos, una profundidad que le cambiaba las facciones y la embellecía. Tal vez tuviera que ver con la maternidad, o tal vez fuera una de esas mujeres que ganan en belleza con los años. En cualquier caso, Jeppe estaba seguro de que le respondería con una colleja si se atrevía a hacer cualquier comentario sobre su cambio físico.

—¿Es que me miras el culo en cuanto tienes ocasión? —le dijo ella sin darse la vuelta.

—Sería de tontos no hacerlo —dijo Jeppe, mientras chocaban los puños a modo de saludo. Era un gesto que resultaba cómodo para los dos, en un punto intermedio entre un apretón de manos y un abrazo—. ¿Qué te vas a perder?

—Un paseo por el bosque, nada del otro mundo. ¿Y tú?

—Estaba en casa de Johannes, en Snekkersten.

—¿Aún se esconde de la prensa pérfida y desalmada? —respondió ella mientras señalaba una entrada al otro lado del edificio y echaba a andar—. Ahí está el portal.

No respondió al comentario mordaz de su compañera, aunque no le faltaba razón. Desde que Johannes había vuelto de Chile con un divorcio en la maleta, se había quedado en punto muerto. Jeppe empezaba a preguntarse con preocupación si volvería a los escenarios.

Gracias al portero automático del número 24B, averiguaron que la familia Dreyer-Hoff era propietaria de todo el ático. Un ascensor de acero inoxidable limpio y totalmente libre de grafitis que a Jeppe le hizo pensar en una morgue, los llevó directamente al interior de la vivienda. Durante el trayecto, le envió un

mensaje a Sara para avisarla de que tal vez volviera tarde. Imposible saber qué les depararía el día.

Las puertas del ascensor se abrieron ante una estancia impresionante en la que los anchos tablones de madera del suelo desaparecían bajo alfombras caras. Unos grandes ventanales que iban del suelo al techo ofrecían vistas al puerto en un entorno moderno salpicado de cuadros coloridos y recios muebles de madera carcomida que debían de haber llegado hasta allí envueltos en papel de seda desde monasterios italianos. No era una casa tranquila, y la mujer que los recibió también parecía cualquier cosa menos sosegada. Malin Dreyer-Hoff, de formas rotundas como un ángel de Botticelli, grandes ojos y labios rosas, llevaba un vestido verde floreado que se le tensaba sobre los pechos.

—¡Henrik, ya están aquí! —exclamó al verlos mientras juntaba las manos y se retorció con nerviosismo los dedos manchados de pintura azul.

Jepe alargó la mano en una tentativa de saludo.

—Buenos días. Soy Jepe Kørner, de la Unidad de Investigación de la Policía de Copenhague. Esta es mi compañera, Anette Werner.

—Perdonen, es que... Gracias por venir tan rápido —dijo ella mientras les estrechaba la mano con un apretón flojo y mirada huidiza.

—¿Podemos sentarnos? —preguntó Jepe mientras observaba el gran salón abierto que daba a una cocina de paredes acristaladas con vistas al agua. Parecía una versión moderna del *loft* neoyorquino que siempre había soñado tener desde que vio *Flashdance* de niño. Una casa que olía a dinero.

—Vamos al salón con mi marido.

Malin los guio por un largo pasillo con vistas al puerto a un lado y puertas al otro. Jepe miró con curiosidad a través de una de las puertas abiertas y vio varios cuadros y dos sofisticadas pantallas de ordenador. La familia Dreyer-Hoff había conseguido

su fortuna gracias a una casa de subastas de arte y antigüedades que operaba en internet, y su hogar era un reflejo de ello.

El pasillo desembocaba en un luminoso salón cuyo tamaño rivalizaba con el del comedor con cocina integrada. Había un sofá rosa de cinco plazas bajo un cuadro de Kasper Eistrup que encajaba tan bien en la pared que debía de haberlo pintado por encargo. Junto a la ventana se alzaba un caballete con un cuadro azul inacabado, y a su lado se encontraba un hombre alto de pelo canoso de espaldas a la ventana y con las manos en los bolsillos. Tenía un profundo surco entre las cejas, y vestía una camisa blanca almidonada y pantalones beis de loneta que se abombaban sobre una pronunciada barriga. Tenía los hombros caídos, típicos de alguien que se pasa la mayor parte del día sentado frente a un ordenador.

—Soy Henrik. Buenos días y gracias por venir —dijo mientras se acercaba a estrecharles la mano. A Jeppe le sorprendió aquel saludo, más acorde con una visita de cortesía, pero se dijo que los nervios hacían que la gente se comportara de forma extraña.

—Siéntense.

La pareja se sentó en el sofá rosa. Henrik Dreyer-Hoff pasó un brazo por encima de los hombros de su mujer en un gesto protector, mientras Jeppe y Anette se acomodaban en sendas butacas.

—¿Siguen sin noticias de su hijo? —preguntó el inspector, y abrió su cuaderno por una hoja en blanco. Ambos negaron con la cabeza—. ¿Cuándo se dieron cuenta de que había desaparecido?

—Esta mañana —respondió Malin, que tomó aire profundamente—. Los sábados desayunamos siempre todos juntos, es una tradición familiar. Henrik prepara un *brunch*... —se interrumpió para mirar a su marido, que asentía con la cabeza.

—Me encanta cocinar, pero entre semana apenas tengo tiempo. Así que el fin de semana... Oscar siempre me pide tortitas, de las americanas, con sirope por encima... —Al hombre se le rompió la voz.

Su esposa le lanzó una mirada de reproche, como si hubiera dicho algo inapropiado, y se volvió de nuevo hacia Jeppe.

—Yo me he levantado temprano y me he puesto a pintar mientras esperaba a que se levantaran todos y Oscar apareciera. Pero no llegaba. A las ocho y media lo he llamado y le he enviado un mensaje.

Jeppe anotó la hora al tiempo que se daba cuenta de que Henrik daba un fuerte apretón en el hombro a su mujer, como para sostenerla. O para atarla en corto.

—¿Dónde estuvo anoche? —preguntó—. O ¿dónde creían que estaba?

—En casa de su amiga Iben. Tenían que estudiar para un examen de Lengua, pero ella dice que Oscar nunca llegó. Hablé con ella poco antes de las diez. Entonces nos dimos cuenta de que algo no iba bien —explicó Malin mientras le daba vueltas al anillo que llevaba en el dedo.

—¿Iben no sabe dónde está?

—Cree que tal vez Oscar cambiara de idea, aunque me parece raro. El padre de la chica podría haber sido responsable y llamarnos, pero dice que no sabía que habían quedado.

Jeppe le alargó el cuaderno.

—Necesitaremos el número de Oscar, el de Iben y el de sus padres.

La señora Dreyer-Hoff se quedó mirando el cuaderno con perplejidad, pero entonces lo abrió y empezó a anotar con manos temblorosas, que indicaban que se temía lo peor.

—Creo que lo han secuestrado. —Le temblaba la voz—. Solo de pensar que...

—¿Dónde vive Iben?

—En Fredericiagade —respondió Henrik mirando a su mujer—, ¿en el 64? Vive con su padre. Desde aquí son diez minutos andando si se cruza por la ciudadela, Oscar iba muy a menudo.

Jeppe hizo un gesto con la cabeza a Anette, que se levantó y, tras quitarle el cuaderno a la mujer, se acercó a la ventana para llamar a Iben.

—¿Y el resto de la familia? ¿Anoche estaban todos en casa?

—Sí —respondió Malin tras una breve pausa—. Victor, nuestro hijo mayor, fue al centro con unos amigos de clase, pero Henrik y yo estábamos en casa.

—Nos dejaron esto —dijo el hombre mientras levantaba con cuidado una hoja de papel DIN-A4 de la mesita baja. Cuatro líneas escritas a máquina destacaban en el papel blanco—. Lo hemos encontrado esta mañana. Es entonces cuando nos hemos dado cuenta de que algo iba mal y hemos llamado enseguida a la policía.

Jeppe se tiró de la manga para cubrirse los dedos, tomó la hoja y leyó:

Miró a su alrededor y vio el cuchillo con el que había asesinado a Basil Hallward. Lo había limpiado numerosas veces, hasta que no había quedado en él ninguna mancha. Estaba muy brillante y centelleaba. Igual que había matado al pintor, mataría la obra del pintor y todo lo que significaba. Mataría el pasado; cuando estuviera muerto, él sería libre.

LA QUILLA DE la embarcación cortaba el agua limpiamente y separaba las olas a su paso en una V infinita. Los graznidos de las gaviotas acompañaban el zumbido del motor, y el sol se reflejaba en el agua y convertía sus pupilas en dos diminutos puntos negros. La luz de la mañana hacía resplandecer la pendiente sobre la planta incineradora de Amager, de tal modo que parecía que la pista de esquí que pensaban instalar allí ya estuviera

cubierta de nieve, aunque era solo una ilusión, por supuesto. El plan con fines recreativos para la planta de residuos distaba mucho de estar terminado, y los esquiadores de la ciudad seguirían estando obligados a desplazarse hacia cumbres nevadas algo más lejanas durante un tiempo.

El puerto de Copenhague estaba tranquilo. A esa hora tan temprana pasaban solo los ferris y los barcos basureros. Dentro de pocas horas el agua se llenaría de domingueros, barcos de alquiler y veleros con ocupantes que iban a pescar, bañarse y acampar en los islotes del estrecho de Øresund; de yolas cuyos capitanes enarbolaban latas de cerveza y de deportistas entusiastas envueltos en cortavientos que remaban en kayaks. Pero para entonces él ya se habría marchado.

Navegaba sin plan ni prisa, como a él le gustaba. Se mecía con el barco mientras el viento de la mañana le arrancaba las legañas. El fuerte de Trekroner se alzaba ante él como si sonriera, amistoso, bajo el sol que lo teñía de tonos rojos y verdes. Mads Teigen metió su remolcador en el pequeño puerto con la familiaridad de la experiencia y lo atracó en el pequeño muelle, vacío a excepción de un bote de madera. Lo amarró fuerte, apagó el motor y saltó a tierra. La capa de hierba primaveral que cubría las escarpadas murallas les daba el aspecto de suaves alas en silvestres tonos verdes y amarillos que protegían el antiguo fuerte.

En el pasado, el fuerte marino formó parte de las fortificaciones de Copenhague, un baluarte que, junto con otras ciudadelas parecidas, desempeñó un papel clave en episodios legendarios, como la batalla de Copenhague y el ataque de los ingleses en 1807, en el que la ciudad perdió la armada. El fuerte se fundó originalmente con tres navíos que en 1713 se hundieron y se llenaron de piedras. Uno de ellos se llamaba *Tre Kronor*, «tres coronas», y de ahí el nombre del fuerte. Aunque la mayoría creía

que se debía a que doscientos cincuenta años atrás el Estado había adquirido la isla por la cantidad de tres coronas.

Mads recogió una bolsa de plástico del suelo y oteó el paseo en forma de herradura en busca de señales de vida, pero no vio a nadie. Como de costumbre, se detuvo en el faro que dominaba la entrada al fuerte, desde donde se accedía a tres plantas en el subsuelo. Durante la Primera Guerra Mundial, el fuerte sirvió como base para setecientos cincuenta soldados y, más tarde, lo usaron los alemanes durante la ocupación. Bajo la superficie del mar, en aquellos pasadizos de paredes desconchadas, cualquiera podía inspirar profundamente y percibir el lejano aroma de la pólvora mezclado con el sudor provocado por el miedo. El pánico y el hastío incrustados en el hormigón de las paredes susurraban la historia de cientos de hombres muertos.

En la actualidad, el fuerte se había convertido en el hogar de aves y visones, y también en el suyo, un guardián solitario que vivía en el edificio pintado de rojo de la comandancia, cuyo destino había sido convertirse en un ermitaño en su propia isla.

Mads se acercó a la plataforma, en la que habían empezado a acumular leña para la hoguera de San Juan, y bajó hasta el pie de la muralla para echar un vistazo a la pareja de cisnes que habían construido su nido junto al rompeolas. Desde lo alto de la muralla se divisaban las torres y chapiteles de la ciudad por un lado, y la silueta difuminada de la ciudad sueca de Malmö por el otro. Era un paisaje tan agreste que parecía de otro planeta, un pedazo de naturaleza en plena ciudad, separada del bullicio por una estrecha cinta de agua.

La pareja de cisnes empollaba el huevo: la hembra estaba en el nido de hierba marina mientras el macho daba vueltas a su alrededor para montar guardia. En un mes, más o menos, las crías cubiertas de plumón romperían el cascarón y dependerían de su madre por completo para sobrevivir a las primeras semanas, las más críticas.

Mads sonrió al pensarlo y continuó su ronda por la muralla, que lo llevó junto a las marcas de navegación pintadas en blanco y rojo sobre los postes de madera que coronaban la ladera. Hacia el mediodía iba a empezar la primera despedida de soltero del año, y Mads había preparado una yincana en los pasillos subterráneos. Siguiendo un impulso, volvió atrás para hacer de nuevo el recorrido.

Al bajar al sótano por la escalera de caracol, el aire frío que se desprendía de las gruesas paredes de hormigón le dio la bienvenida. Sus pasos resonaban a destiempo, como si alguien lo siguiera entre las sombras. Al pasar junto a la puerta con una cruz roja pintada encima, eran tan disonantes que tuvo que mirar por encima del hombro. No había nadie, claro, solo los fantasmas de su mente.

Mads se aseguró de que no quedara una cuerda sin tensar ni una linterna por cargar antes de volver a subir hacia la luz y el viento. Aún podría pasar un par de horas en el taller antes de que llegaran los asistentes a la fiesta. De vuelta al edificio de la comandancia, pasó junto a varias yolas de madera amarradas a la pasarela, pero no se preocupó. Sin embargo, echó el pestillo de la puerta principal para asegurarse de que nadie lo molestaba.

Cerró también con llave la puerta del taller y guardó el teléfono en el bolsillo del abrigo, que colgó del pomo de la puerta antes de encender el reproductor de música. La habitación se llenó con las notas de la *Sexta sinfonía* de Chaikovski.

Ante la perspectiva de pasarse una hora sin interrupciones volcado en su último proyecto, soltó un suspiro de satisfacción. Sacó un paquete envuelto en plástico de la nevera y lo puso sobre la mesa de trabajo para, a continuación, desenvolver el cadáver cuidadosamente, llenar un cuenco con agua y preparar el bisturí.